

La secadora.

El baron Neftalí se pasea de arriba abajo en su cuarto; un gabinete elegantísimamente amueblado: cubiertas las paredes con damasco azul, porque es rubio; adornado con ebanistería de oro y filetes blancos porque es rico; y lleno de muebles sin orden ni concierto, que se ha procurado en ventas públicas por fallecimientos ó quiebras, porque es económico.

El baron Neftalí tiene cincuenta años, mucho vientre y no pocas ilusiones. Sobre su árido cráneo, no brota mas que un no sé qué, felizmente muy raro, y que se parece bastante á la pelusa de que van cubiertos los pajarillos al romper el huevo de donde nacen.

Acaba de romper la faja de un periódico, cuya fecha le ha extrañado.

Y dice:

—Primero de mayo! Hoy estamos á 1.º de mayo! ¡Cómo pasa el tiempo! Parece imposible que las horas tengan igual número de minutos que en otro tiempo tenían! Pero, en fin, si hoy estamos á 1.º de mayo, hace dos meses que se halla terminada mi casa del bulevar Pereire.

¿Y cómo diablos será que no se ha presentado todavía ningún inquilino? ¿Qué necesitarán esos animales? La puerta de esa casa mia tiene un aspecto de Arco de Triunfo, que dá ganas de pasar por debajo de ella. Encantadores grupos de jóvenes vestidas solo con sus encantos sostienen mis balcones. Hasta en el cuarto piso, mis techos se hallan llenos de dorados, y mis bohardillas están empapeladas con elegancia ¿Qué mas quieren?

Entra un ugiér, y dice:

—Bautista pregunta si puede hablar al señor baron.

—¿En qué casas ha servido V.? ¿Desde cuando llama V. por su nombre de pila, á las personas que vienen á visitarme?

—El señor baron no ha comprendido sin duda que le anunciaba al conserje de su casa núm. 315.

—Si, señor; habia hecho un esfuerzo de imaginacion para comprenderle á V. Sepa V. de una vez, que Bautista, que no es mas que Bautista, y nunca será mas que Bautista para mí, ha de ser para V. el señor Bautista, cuando me lo anuncie usted; ¡Que entre!

El baron.—¿Qué noticias me trae V., Bautista?

Bautista.—Mi mujer, sigue enferma, señor baron.

—Creo que no habrá V. venido á incomodarme para decirme eso solo?

—Para decir eso y otra cosa. La pobre Jacoba tose, que es una barbaridad. ¡Creo que con sutos, el dia menos pensado va á echar abajo las paredes!

—¡Echar abajo las paredes! Creo que habrá V. empleado una metáfora?

—No señor, señor baron.

—¿Cómo que no!

—He empleado jarabe de Flor de violeta.

—Cuide V. á su familia como mejor le parezca. Con tal que no huelan mal los medicamentos, y que no ensucie V. la casa, lo demás me es indiferente por completo.

¿Ha ido alguno á ver las habitaciones?

—El precio retrae á todo el mundo. ¡Y despues es tan húmeda la casa!

—¿Y qué precio pide V.?

—Los que el señor baron tuvo á bien indicarme: 25.000

francos el primer piso; 18.000 el segundo; 15.000 el tercero y 12.000 el cuarto.

—¿Y esas cantidades asustan? ¿Piensan acaso que yo me he gastado un millon en cantería para que no me reporte mas que 50.000 francos de interés?

—Aquella señora que deseaba el cuarto volvió. Dijo que hablaría con el señor baron.

—Está bien. ¿No tiene V. nada mas que decirme?

—No nos podría dar la leña el señor baron? La chimenea devora que es un gusto. ¡Parece un infierno! Y en seguida que se apaga, ya está tiritando uno.

—Hombre, y aun se queja V. ¡Tiene V. una habitacion régial!

—Mientras llega el verano, mi perro se moriria en ella.

—No tenga V. ningun perro!

—Señor baron.....

—Basta, basta ya. Voy á dar el ejemplo, yéndome á habitarla. Tal vez al ver cortinajes en los balcones, y luz por la noche, haya quien se decida á tomar el resto de las habitaciones. Mientras tanto haga V. colocar los cortinajes. Así parecerá menos desnudo aquello.

El ugier.—El señor doctor Lékyste desea ser recibido por el señor baron.

El baron.—Que entre.

Bautista y el ugier salen del gabinete.

El baron.—Buenos días, doctor, buenos días. ¡Tengo un placer en verle á V.!

El doctor.—¿Se halla V. enfermo?

—No lo sé. Es posible. Pero no es mi salud lo que ahora me preocupa. Voy á mudarme.

—¿Cómo! ¿Abandona V. esta casa?

—La mia del bulevar Pereire no se alquila. Y he pensado que yéndome á habitarla.....

—¿No tiene V. algun pariente á quién hacer ese favor?

—No, doctor, ninguno.

—Entonces, quédese V. aquí. Ayer visité la casa de V.

—Ah! ¿Y qué?

—No vivirá V seis meses, si se decide á instalarse en ella.

—¿Qué dice V.!

—La humedad empieza á penetrar desde que se pone el pié en el patio. Se necesita valor para seguir adelante. El papel de las habitaciones se desprende, las paredes se resquebrajan, las pinturas se abren, los techos destilan agua.....

—¡Basta!

—Las maderas crujen, los hierros se oxidan.....

—¡Basta! ¡Basta!

—Los hongos crecen en todos los rincones, y los dioses mitológicos que sirven de adorno, tienen mocho en todas las juntas.

—Pero ¿quién le pregunta á V. nada de eso?

—Antes de habitar ese aquarium, en el cual un sapo cogeria reumatismos, vaya V. á hacer una visita, como yo la he hecho, á la mujer de su portero. La oirá V. toser, y ya verá V., qué cara tiene. Esto le hará á V. reflexionar.

—Si tiene tan mala cara como V. dice, no tardaré en ponerla en la calle. Una cara de tísico es mala muestra para alquilar habitaciones.

—Pues si la despide V. de su casa, la hará V. un favor.

—No es muy alegre, lo que me está V. diciendo.

—Los porteros de su casa de V. tienen cara de ser muy buenas personas.

—No me cuido de ellos. Mi casa es lo que mas me inquieta. Y, la verdad, hay que preguntar ¿qué demonios ha hecho mi arquitecto?

—Ha seguido puntualmente las órdenes de V.

—¿Cómo?

—Siempre he oído decir á V. que deseaba lujo, pero economía al mismo tiempo. En arquitectura, añadía V., todo se arregla con filetitos dorados. La estacion no era á propósito; V. no quiso esperar. Se le habló á V. de dar á los trabajos una garantía contra la humedad: creyó V. que con esto se le iba á arruinar, que era un dispendio fabuloso, que no habia capitales posibles, que...

Entra de nuevo el ugiar, y dice:

—En la antesala espera una señora que desea hablar al señor baron. Dice que es á propósito de una habitacion de la nueva casa.

El doctor exclama:

—Esto es sagrado. Le dejo á V. con ella.

—Dígale V. que entre.

—Caro amigo, dice el doctor, si quiere V. tirar hasta el invierno que viene, créame V.; no vaya á habitar la casa nueva.

En este momento esa casa es una verdadera antesala del cementerio. Hasta la vista.

—Doctor, me ha ennegrecido V. el alma!

El doctor saluda, y sale del gabinete.

El ugiar introduce á una jóven mas bien escéntrica que elegante. Sus cabellos de color de yema de huevo, espolvoreados de oro, se hallan retorcidos, y mantenidos encima de la cabeza con un peine de coral. Su toquilla de terciopelo negro deslízase hasta sus ojos. Su falda se halla cogida en bullones sujetos por cadenillas de acero que se desprenden de su cintura. Su sobrefalda es... Pero ahora caemos en la cuenta de que estamos hablando demasiado del traje, y muy poco de la mujer.

M.^{ma} Úrsula de Psore (bajo este nombre ha sido anunciada) ha debido ser bella. Si hoy no lo es tanto, mas debe culparse á su delgadez que á su edad. Los ojos se le han agrandado y el círculo que les rodea da verdadera lástima. Sus pómulos salientes, sus dientes mate, justifican con exceso la tos que la fatiga.

—El señor baron de Nestali?

—Yo soy.

—¿Es V. el propietario de la casa número 315 del bulevar Pereire?

—Si señora.

—Vengo á hablar con V. de la habitacion del piso cuarto.

—Una magnífica habitacion. Soberbias vistas, una escalera á todo lujo, y agua por todas partes.

—Sí, hasta en las paredes.

—¿Cómo dice V.?

—La habitacion es muy fria; demasiado húmeda.

—¿Fria? Fresca querrá V. decir: es decir, empapelada de fresco.

—Por lo demás, precisamente á causa de esto, es por lo que yo deseo habitarla.

—¿Sí?

—Sí, señor. Calculo, por supuesto, que en razon de los peligros que en esa casa se corren, hará V. algunas concesiones á los inquilinos.

—Que dejen de pagar un mes, por ejemplo?

—¡Cál! de ningun modo.

—Sin embargo, no puedo consentir que dejen de pagar eternamente. ¿V. no pretenderá esto, sin duda?

—¿Tiene V. chanzas lúgubres!

—Únicamente en negocios.

—Sea enhorabuena.

—Pero bien, si V. tiene tanto temor á vivir en esa casa,

¿qué es lo que la decide V. á quererme alquilar una habitacion en ella?

—Voy á decírselo á V. ¿V. no me habrá tomado por una santa? ¿no es verdad?

—Precisamente por una santa, no; y como no dispongo de habitaciones para ofrecerlas al calendario...

—Señor baron, cada cual entiende la probidad á su manera; yo quiero jugar con V. á cartas descubiertas...

—Señorita, nada de eso me importa: la habitacion que V. desea cuesta 12.000 francos.

—Espere V. un poco. Ya llegaremos al asunto de la habitacion. Para ejercer nuestra industria...

—Ah! ¿Ejerce V. una industria? ¿Una industria ó un estado?

—Una industria...

—Enhorabuena!

—Para ejercer esta industria, necesito una habitacion suntuosa, apariencias lujosas, sin las cuales, preciso es confesarlo, ninguna mosca se agarraria á mi miel.

—Perfectamente! ¿Y ha elegido V. mi casa para tender su tela?

—V. lo ha dicho. La forma no es muy galante que digamos, pero la acepto.

—Pues lo siento por V., pero eso no me conviene.

—Segun eso, ¿es la primera vez que V. se hace una casa?

—¿Y por qué me lo pregunta V?

—Porque si no es ese el primer edificio que hace V. construir, debe V. saber que no le queda otro recurso sino dirigirse á nosotras.

—¿Qué es eso de nosotras! ¿Habla V. en plural? ¿A qué preciosa corporacion, pertenece V., pues?

—Somos en París doscientas *secadoras* bien reputadas. Los que edifican nos conocen de sobra. Yo, hace diez años que no habito mas que casas húmedas. Ahora mismo acabo de secar

una habitacion en el bulevar Malesherbes. Puede V. pedir informes. Tengo un pariente que es almacenista de leña y me paga en suministros los favores que le hago. Así es que allá donde vivo hay siempre un fuego infernal. Los propietarios tienen en mí un poderoso auxilio.

—¿Y cuánto tiempo emplea V. en secar una habitacion?

—Esto depende de su situacion, de la estacion y de mil cosas mas.

—Bién, pero supongamos que se queda V. con el cuarto piso de mi casa ¿empleará V. mucho tiempo en hacerle habitable?

—Su casa de V. es deplorable. Hay mucho que hacer en ella, y por lo tanto, me habia V. de hacer grandes concesiones.

—¿Si le diese á V. la habitacion por 8,000 francos, eh?...

—V. se burla. Lo menos se han de gastar 3,000 francos en ella.

—Supongo que no creará V. que voy á dársela gratis!

—Dispéñseme V. pero eso es precisamente lo que espero!

—Pues espere V. sentada.

—Pues no alquilará V. la habitacion.

—Lo prefiero.

—Se deteriorará.

—Ya lo veremos.

—Y apuesto á V. á que cualquiera otra especialista, le pedirá dinero por habitarla.

—¡No faltaria mas que eso!

—M.^{ma} de Bellefosse que seca los entresuelos de la calle del Príncipe Eugenio, pide 2.400 francos y quema carbon en lugar de leña, como hago yo. Pregunte V. á todas las de la sociedad; si tienen conciencia, no podrán menos de reconocer que la leña seca con mas prontitud, y no ennegrece nada.

—Ah! ¿V. quema leña?

—M.^{ma} Máxima que seca el barrio de San German, recibe

en este momento 3,000 francos; y así me muera delante de V., si yo no soy mas limpia que ella. Nadie como yo para mantener limpio el cobre, pulir el hierro, dar juego á las cerraduras y deshinchar los muebles. Esto es una vocacion; ó se tiene ó no se tiene. Y además, que todos estos cuidados me sirven de entretenimiento. Devolveré á V. su habitacion limpia como un Louvre, seca como un Sahara, y mas bonita de lo que V. me la entregue.

—¿Y es el 4.º piso el que V. desea?

—Lo mismo me dá. Si tiene V. un 5.º ó un 2.º...

—Le diré á V. Tengo intencion de habitar el primero de aquí á poco tiempo, y preferiria verlo seco antes que ningun otro.

—¿Es grande ese principal?

—Si es grande? ¡Un palacio! Cinco alcobas, dos salones, sala de fumar, de billares, de baños, etc., etc. Con decirle á V. que me lo hice construir espresamente para mí, está dicho todo.

—¿Y qué quiere V. que yo le haga de todo eso?

—¡Que lo seque V.!

—¿Gratis?

—¡Acaso exigirá V. paga!

—¡Ya lo creo! Aun cuando mi primo me dé toda la leña que tiene almacenada, no se podria secar todo eso!

—Es la única habitacion, de que puedo poseer con semejantes condiciones, porque, guardándola para mí, no quiero arrendarla en modo alguno.

—Las personas que no tienen la costumbre de *secar*, morirán como moscas en la casa de V.!

—Los enfermos gastan mas fuego que los sanos. Esto me es igual!

—Luego, ha de pensar V. que la primavera está encima. Será necesario tener fuego encendido durante el verano, y esto, no todos pueden soportarlo. Vaya, V. me ha sido simpático. Le

secaré á V. la habitacion por 3.600 francos y un año de habitarla.

—¡Muchas gracias!

—O lo toma V., ó lo deja.

—¡Una habitacion de 25.000 francos, con cuadra...

—La cuadra si que no la secaré!

—Sin embargo...

—Otra *secadora* no le pediria á V. menos de 6,000 francos.

—V. se burla.

—Ya conozco la habitacion de V.; ahora me acuerdo de ella.

Hay diez sitios para hacer fuego, sin contar la cocina. Yo, que soy concienzuda, quemaré 2 francos 50 céntimos diarios por cada chimenea. Parece nada, pero bien mirado...

—¡Está V. exageradísima en todo!

—Dispéñeme V. de nuevo; sé muy bien lo que me digo. Ó sino, haga V. mismo la cuenta. Diez chimeneas á 2 francos 50 céntimos por día. Digamos tres veces veinticinco, hacen setenta y cinco; añado un cero, y resultan 750 francos al mes, ó sean 9,000 francos al año. Ya ve V. que esto no es una friolera.

—¿A tanto sube?

—Con tal que no quiera V. que descuide la habitacion!

—Oh, eso no!

—Además que yo no puedo imitar á M.^{ma} Dutertre, del barrio Pigalle que hace arder leña de derribos, y llena de chinches las casas.

—Oh! Yo nunca dejaré entrar en las mias, leña de esa clase!

—Yo quemó pino y encina, solamente!

—Así me gusta!

—De manera que para hacerme cargo de esa habitacion, y tratarla como se merece, como tengo costumbre de hacerlo, me precisará entenderme, además de mi primo, con otros dos almacenistas de leña. Esto se ve muy poco entre nosotras. Vaya, déme V. 4,000 francos, y entendidos! esto para V. es

una friolera, y yo le secaré á V. la habitacion á conciencia.

—No puede ser!

—Le juro á V. por mi honor...

—¿Qué dice V.?

—¿Prefiere V. que jure por cualquier otra cosa?

—Me es indiferente. Me ha sorprendido V. un poco, pero... adelante.

—Juro que si no fuera cosa de V., no emprenderia este negocio.

—Y dígame V...

—¿Qué?

—Si le diese á V. lo que me pide...

—Prosiga V.

—Si yo contribuyese á encender ese fuego... acaso...

—Burlon! ¡Ya le veo á V. venir!

—Me parece muy justo lo que digo!

—Ah! V. no ata los perros con longanizas! Demasiado se vé. De todo saca V. partido.

—Caramba! Cuando no se tiene familia... las economías...

—Bien ¿Pondremos coche?

—¿Qué coche?

—El que V. quiera, con tal que sea elegante.

—¿Coche! ¿Para V.?

—Pues para quién?

—Con un caballo, eh?

—No; conozco á un tratante en caballos, á quien le he secado, hace dos años, y que me ayudará en esto.

—¡Magnifico!

—Para él?

—Para todo el mundo!

—Pero pocas exigencias ¿conformes?

—Esté V. tranquila.

—Y cuando entraré en el goce de...

—Lo mas pronto posible.

—Mañana firmaremos.

—¿A quién tengo el honor de dirigir la palabra?

—Úrsula, condesa de Psore, secadora.

—¿De Psore? Pues si ese es un nombre conocidísimo. Su padre de V. no perteneció á la marina?

—Sí, creo recordar, en efecto, que he tenido uno en la marina.

—Hasta mañana, señora condesa!

—Hasta mañana, señor baron!

Úrsula desaparece, despues de hacer una profunda cortesía al señor baron.

El baron (solo).—Pues señor, decididamente suprimo á Nieves que me cuesta los ojos de la cara. Seco las paredes de mi nueva casa... y atrapo el alquiler de abril, que es el mejor de todos. ¡Buen negocio!

La condesa Úrsula de Psore, dice entre tanto mientras baja la escalera:

—Me instalo en el bulevar Pereire en un principal: esto me dá reputacion: amueblo dos salas, y el casero el resto de la habitacion; una vez instalada ¿quién me saca de allí?

¡Buen negocio!

Y todos quedan satisfechos.

Menos la moral.